

PRÓLOGO

La presente publicación, *Ricardo Vilar i Negre y el Jardín-Escuela Altamira de Alicante*, constituye una valiosa aportación a la historia de la educación que el lector puede descubrir en las siguientes páginas.

Posiblemente, el libro tiene su origen en un acercamiento a los antecedentes familiares por parte del autor. En efecto, el desencadenante de la investigación frecuentemente está unido al entorno en el que nos desenvolvemos, y en esta ocasión cabe destacar que el bisabuelo de Ignacio Ramos Altamira era Rafael Altamira y Crevea, director general de Enseñanza Primaria y responsable, entre otras cuestiones, de impulsar en España las escuelas al aire libre, escuelas-jardín, escuelas bosque, etc. Sobre este personaje alicantino se ha escrito bastante, pero tal vez todavía esté pendiente una investigación y publicación encaminada a destacar el protagonismo que tuvo en el desarrollo del sistema educativo español y en la innovación pedagógica propuesta desde la Institución Libre de Enseñanza a comienzos del siglo XX. Por tanto, con esta publicación, Ignacio contribuye a la merecida recuperación de la memoria de su ilustre antepasado.

El presente libro se ve enriquecido, además, por otra cuestión personal del autor, su profesión de periodista, que le permite aprovechar la naturaleza indagadora de su trabajo y su capacidad de redacción. Pero la publicación trasciende a lo que inicialmente podría entenderse como una manifestación de afecto por el bisabuelo, pues las escuelas jardín merecen actual-

mente nuestra particular atención y constituyen una propuesta de política educativa y modelo pedagógico sobre el que cabe reflexionar.

En primer lugar, en la actualidad se observa que pocos centros educativos se construyen en contextos urbanos que se puedan considerar o valorar como favorables para la enseñanza. Por lo general, la especulación y los intereses económicos privados desplazan los establecimientos de enseñanza hacia las periferias urbanas y espacios donde el precio del suelo es más barato. Sin embargo, el jardín-escuela se emplazó en un lugar que se podría considerar ideal (el Paseito Ramiro), próximo a las familias, bien soleado, ventilado y con un magnífico entorno, la playa del Postiguet. Difícilmente se pueda encontrar un mejor patio para un colegio. Obviamente, en la selección del lugar influyeron tanto las posibilidades municipales como las propuestas higienistas de la época, como se explica en el libro.

En segundo lugar, otro elemento para la reflexión es el alejamiento de nuestros infantes y jóvenes de la sociedad en que se desenvuelven y del entorno natural. Estos viven encerrados en las casas rodeados de pocas personas, y en su mayoría adultos. La relación con sus iguales prácticamente se reduce al tiempo que permanecen en la escuela con un modelo de relación estandarizado y limitado. La relación con la naturaleza en muchos casos también queda mediatizada por la televisión, internet o el cine, o por experiencias puntuales y artificiales como pueda ser la visita a un zoológico o similar. Por tanto, convendría que recuperásemos e hiciéramos presente las ideas que subyacían detrás estas propuestas pedagógicas de escuelas al aire libre, escuelas bosque, jardín-escuela, como la de desarrollar la integración social y natural del niño con su entorno.

La idea de las escuelas al aire libre y similares no puede simplificarse y reducirla a la consideración de que la enseñanza no requiere aulas. Si así fuera, nuestros ministros de educación

habrían resuelto el problema de falta de aulas y del socorrido recurso de construir barracones. El hecho de disponer de espacios adecuados implica escoger las mejores ubicaciones y diseños para la práctica de la enseñanza.

Otra cuestión muy interesante que se recoge en este libro era la necesidad de dotar a la enseñanza de buenos profesionales. Precisamente, este fue otro de los retos al que se tuvieron que enfrentar las autoridades de principio del siglo XX, pues en el Estado español alrededor de la mitad de la población era analfabeta, faltaban escuelas y se necesitaba formar docentes cualificados que conocieran las nuevas tendencias pedagógicas. En este sentido, se considera que el libro sobre el Jardín-escuela de Alicante describe y explica perfectamente la inquietud social y política del momento por la formación del magisterio. Las ideas regeneracionistas imperantes desde finales del siglo XIX consideraban que el futuro de la sociedad pasaba por la educación, y esta inquietud poseía múltiples manifestaciones en diferentes escalas. El magisterio creó asociaciones profesionales específicas, se editaron y difundieron muchos periódicos especializados en la enseñanza, se promovieron revistas que tuvieron un gran impacto en la innovación pedagógica, y contribuyeron a difundir la innovación procedente del extranjero. Y desde el recién creado Ministerio de Instrucción Pública y su Junta de Ampliación de Estudios se impulsaron las becas para formar en el extranjero tanto a los formadores del magisterio, como a los docentes de las escuelas.

Para entender mejor la contextualización de la política educativa de Rafael Altamira y de la creación del Jardín-Escuela en Alicante cabe advertir que unos pocos años antes, en 1908, solo acudían a las escuelas públicas y privadas de la provincia de Alicante el 43,4% de los niños comprendidos entre los 6 y 12 años, mientras que en España lo hacía el 59,8%, datos que ponen en evidencia las desigualdades territoriales existentes y la

necesidad de ejecutar una decidida acción en esta parte del territorio. En ese mismo año el número de escuelas existentes en la provincia era de 510 lo que representaba solo 1,7% del total del Estado. Estos establecimientos eran en su mayoría públicos, 416, frente a los 94 privados. El retraimiento de la presencia estatal se evidencia aún más si se considera que en España el 17,3 % de los establecimientos eran privados, mientras que en Alicante representaban el 18,4%.

Datos inmediatamente posteriores de 1915 indican que la situación lejos de mejorar había empeorado. Es cierto que los datos señalan un incremento de la enseñanza pública respecto a 1908, pues en la provincia había 196 escuelas nacionales de niños, 199 de niñas, 19 de párvulos, y 6 de patronato; lo que representa un total de 420 escuelas públicas y una creación de 4 escuelas nuevas. Pero mientras tanto, el número de escuelas privadas había aumentado a 227, frente a las 94 que había en 1908. La conclusión está clara, el Estado había renunciado a intensificar su inversión en establecimientos públicos de enseñanza y había transferido su responsabilidad a la enseñanza privada. Es en este contexto cuando se establecieron numerosos colegios religiosos por órdenes de origen español, pero también extranjeras procedentes de Francia, donde se había consolidado la enseñanza laica.

Finalmente, desde una visión personal, cabe destacar dos cuestiones. La primera es el papel innovador de las escuelas normales alicantinas en la difusión de la enseñanza al aire libre y en particular de la profesora de la Escuela Normal de Maestras, Catalina García Trejo, becada por el Ministerio y autora de un manual sobre la enseñanza al aire libre; y la segunda, la función modélica de Ricardo Vilar i Negre y de su establecimiento, por ser uno de los primeros que se crearon en España, por delante de otros de mayor fama como la escuela bosque fundada por Rosa Sensat en Barcelona, y sobre la que cabe advertir que había

estado impartiendo docencia en la Escuela Normal de Maestras de Alicante, entre 1900 y 1904.

Para concluir estas líneas solo nos resta felicitar al autor por su trabajo, con el deseo de que se repitan aportaciones como la presente, y que el lector pueda disfrutar del conocimiento que comporta esta interesante y amena publicación.

Rafael Sebastiá
Universidad de Alicante